

Aguas aéreas

Un solo verso

David Huerta

¿Cómo se llama un poema de un solo verso? Se llama *monóstico*. No es una palabra muy usada, pues tampoco son muy frecuentes los poemas de un solo verso. Pero los hay, y los lectores asiduos suelen citar sus favoritos o su favorito, si nada más tienen en el repertorio un solo monóstico. (El sentido de la palabra *monóstico* aparece con claridad cuando lo comparamos con el sentido de *dístico*: poema o pasaje de dos versos contiguos, rimados; por ejemplo: en el ámbito sonetil, los dos versos medianeros de un cuarteto (rimas *B*), el remate de un soneto a la inglesa o la llave de una octava —la llave con la cual se cierra, con una doble vuelta, la estrofa).

La noción de “poema de un solo verso” es problemática. Un verso únicamente puede ser considerado como tal en relación con otros versos; es, por lo tanto, una noción relativa, relacional: un verso y luego otro verso, y así van apareciendo los poemas, unidades más o menos compactas de sonido y sentido armadas con esa materia frágil y poderosa a la vez: el lenguaje humano. Conviene siempre recordar uno de los significados de la palabra “verso”: entidad en estado continuo de estar volviendo una y otra vez, como un oleaje, un verso y luego otro, unidos y separados con una fuerza delicada, con un ritmo y una cadencia peculiares, construyendo la estrofa, el poema. Es anómalo, en este sentido, un poema de un solo verso, sin otros elementos con los cuales se vincule el verso solitario, aislado, único, acaso incomunicado.

Pero quizá todo lo dicho en el párrafo anterior es demasiado dogmático, y por una de las razones más interesantes imaginables: un poema de un solo verso contiene *virtualmente* otros versos, evocados y aun

inventados. Esos versos no están presentes en el brevísimo poema pero, a pesar de ello, desfilan, incesantes, en la mente del lector ante la sola lectura o presencia física del monóstico. Digo “presencia física” pues un poema con esas características (*esa* característica: una sola) tiene el aire inconfundible, por lo menos en mi experiencia, de un cuadro al óleo o de un grabado: algo visto de una sola vez, en un solo golpe de mirada, por así decirlo. Esos poemas casi no se leen: se ven, diríase.

Algunos cejijuntos teóricos de la literatura afirman lo siguiente, “con el aplomo de quienes ignoran la duda”: un poema de un solo verso es imposible, no es un poema de ninguna manera; los poetas autores de monósticos deliran y deberían ser arrestados, poco más o menos.

Y sin embargo... Los poetas insisten en componer monósticos y algunos de esos poemas singulares forman parte, con toda naturalidad, de la literatura, del arte, de la historia, de la memoria. Hay monósticos geniales, otros mediocres, la mayoría perfectamente olvidables; también hay poemas con todos esos rasgos penosos o exaltantes. Hay, en términos comparativos o porcentuales, tantos monósticos malos como poemas malos.

En los párrafos siguientes, me ocupo de comentar algunos monósticos. Casi todos ellos me han acompañado a lo largo de mi vida de lector.

El rigor de José Gorostiza es un lugar común de nuestra crítica literaria. Siempre me ha llamado la atención el poco caso prestado por esa misma crítica a un libro gorostiziano de juventud, *Canciones para cantar en las barcas*, de 1925, obra rigurosa y al mismo tiempo llena de gracia, de soltura, de diversas luces y de colores con-

trastantes —lejos de la rigidez evocada, en algún sentido, por la palabra *rigor*.

Gorostiza tenía desde joven una visión muy clara de la poesía y de cómo componerla; las *Canciones...* de 1925, cuando contaba apenas 21 años de edad, son una especie de taller, de puesta a prueba de esas ideas y de esas herramientas compositivas. Los poemas del libro —casi un cuaderno, de tan enjuto como es— son diáfanos, delgados, ligeros; yo diría: engañosamente ligeros, pues si bien pesan poco por su masa verbal y por la cortedad de los metros, tienen innegable sustancia y una especie de admirable corporeidad terrenal y marina. Las barcas donde se cantan estas canciones (o podrían cantarse, o deberían cantarse), ¿están aportadas, navegan por alta mar? No importa: las vemos sobre el agua, y de ellas, de esas barcas líricas, salen las tonadas gorostizianas, baladillas hermosas, memorables. Una de ellas es un monóstico titulado “El faro”, sexto poema de la serie titulada “Dibujos sobre un puerto”, dedicada al pintor Roberto Montenegro. (El segundo apellido de este amigo de Gorostiza era Nervo: María Nervo, madre de Montenegro, era tía del poeta Amado Nervo, tan importante para *Muerte sin fin*, como ha señalado Salvador Gallardo Cabrera). He aquí el poema de Gorostiza (en mi opinión, espejo de monósticos):

Rubio pastor de barcas pescadoras.

¿Hay acaso una estampa más perfecta, más sugerente y, sobre todo, más sintética de una de esas torres a la orilla del mar, a menudo blancas, levantadas para guiar con su luz, con su brillante y benévolo ojo polifémico, a los navegantes? La pregunta es retórica pero la respuesta es contundente: *no*. El poema gorostiziano entraña, desde



Joaquín Sorolla, *Barcas en la playa*, 1909

luego, una prosopopeya: una antropomorfización del faro; al darle cualidades humanas, le da también un oficio: un oficio tradicionalmente poético, cuya consagración canónica en el censo de los temas líricos es una confluencia de sabiduría bíblica y virgilianismo. El Salmo 23 y los versos de las Bucólicas forman el cimiento de esa tradición. La luz: el poema le confiere al faro una condición de pastor rubio, por supuesto; las barcas son el rebaño de ese venero de luz sobre las aguas oceánicas.

Solamente cinco palabras depositadas en el vaso yámbico del endecasílabo; no se puede pedir más, aun cuando algún bromista o ingeniosillo podría decir: “Gorostiza es verboso pues le habría bastado con poner ‘Pastor’ debajo del encabezado y tendría un poema de veras breve”. No hagamos caso; ni tampoco hagamos caso de las disertaciones acerca de poemas de una sola palabra ¡o hasta de una sola letra!

Gorostiza es precursor de otros monósticos mexicanos; de Antonio Deltoro, por ejemplo, de quien sólo citaré aquí el titulado “Balero”:

Hacer subir por el aire un agujero.

El título rima con el poema. Con Antonio Deltoro converso por teléfono sobre el monóstico octosilábico de Antonio Machado en Proverbios y Cantares: “Hoy es siempre todavía”. Deberé comentar con él, también, el pelliceriano “Hay azules que se caen de morados”. Hay un pequeño problema con esas líneas: pertenecen a series,

consideradas como poemas: en el caso de Carlos Pellicer, la serie de fragmentos o notas poéticas titulada “Estudio”. Con todo, esos azules “que se caen de morados” se han independizado y son ahora un solo verso, un verso autónomo, como lo es la poesía gnómica de Proverbios y Cantares (serie dedicada, significativamente, a José Ortega y Gasset). Algo semejante ocurre con este monóstico de Ernesto Cardenal, dependiente de la serie epigramática a la cual pertenece: “Tú no mereces siquiera un epigrama”. Un verso de “Entrada en materia”, largo poema de Octavio Paz, se ha independizado y lo he escuchado citado como si fuera un monóstico (y acaso se ha transformado en eso): “Un gato cruza el puente de la luna”. Algo parecido sucede con algunas líneas de Rafael Alberti en su libro *Versos sueltos de cada día*.

Descubrí la palabra *monóstico* en una revista francesa. Encabezaba uno de los artículos dedicados al poeta Guillaume Apollinaire en un número monográfico (1996) del *Magazine Littéraire* dedicado al poeta de los caligramas. El artículo es del *ouli-piano* Jacques Jouet, quien se ha dedicado, entre otras tareas curiosas, a “monostificar” las fábulas de La Fontaine; es decir: a reducir las a un solo verso —propia mente, a resumirlas en un alejandrino. (Un genial poeta italiano, Giuseppe Ungaretti, tuvo una intensa relación poética con Apollinaire; Ungaretti también es autor de monósticos memorables).

El artículo de Jouet se titula “Le monostique d’*Alcools*” y se ocupa de comentar un

poema de Apollinaire titulado “Chantre”, ofrecido aquí en el original e inmediatamente abajo, entre corchetes, en la traducción de Agustí Bartra:

Et l’unique cordeau des trompettes
[marines]

[Y el único cordel de las trompetas
[marinas]]

Jacques Jouet apunta, con buen tino crítico, algunas notas interesantes en el poema: “Es fácil de memorizar, permite citarlo íntegramente, tal cual, con todo y su título, con su mayúscula inicial puesta en una conjunción de coordinación que no se coordina apenas con nada, con su ausencia de puntuación final”.

Un chantre —la palabra es idéntica en español y en francés, pero tiene su origen en éste— es, dice la Academia, “Dignidad de las iglesias catedrales, a cuyo cargo estaba antiguamente el gobierno del canto en el coro”. “Dignidad” debe entenderse aquí en su sentido más *personal*: el encargado mismo de ese “gobierno del canto en el coro”. El chantre del poema de Apollinaire es marino, marinero: un rasgo semejante al poema de Gorostiza sobre el faro-pastor.

El monóstico está, por su forma y por su extensión, cerca del aforismo, de la sentencia, del proverbio; pero un buen monóstico no se confunde en absoluto con esos parientes más bien lejanos. Según algunos críticos, esa colindancia mezcla estos géneros, le da un aire de “poesía gnómica” al monóstico y lo confina en el dizque poco interesante rincón de los géneros menores, junto al epigrama, el poemínimo, la greguería y el poema en prosa. (La poesía gnómica, abundante en la Edad Media europea, presenta a los lectores sentencias de corte moral en pocos versos; el elemento estético no está presente en ella —o por lo menos no con tal intensidad y deliberación— como sí lo está en el buen monóstico, el logrado, el cabal).

De España llegan noticias frescas sobre monósticos: un artículo de Eduardo Moga acompañado por una selección de ejemplos estricta y divertida, como debe ser; un libro reciente de Jordi Doce titulado *Monósticos*. **U**